



Antonio Ávila Chuliá

Expresidente de la Asociación Española de Empresas de Seguridad (AES)

Reflexiones de un expresidente

Heme aquí, frente al blanco papel dispuesto a dar satisfacción al bueno de Javier Borredá, presidente de la Editorial Borrmar y patrono de la Fundación Borredá, quien, conocedor de mi marcha como presidente de AES, me sugiere escriba una líneas a modo de despedida, allá él. Piensa publicarlas, ¿dónde?, pues en ese generoso pedacito de cariño que han reservado para un servidor de ustedes todos los meses en la revista *Seguritecnia*, publicación técnica de seguridad.

No se abandonan las arraigadas costumbres así como así, como tampoco los puestos dirigentes, de manera que una vez más mi inveterada costumbre de caminar, actividad beneficiosa para el cuerpo y la mente, me condujo a la playa del Cabañal, en una espléndida mañana de enero, soleada, veinte grados, cielo despejado, azul límpido que con tanta maestría supo plasmar Joaquín Sorolla en sus lienzos. Refieren por estos lares que Blasco Ibáñez en cierta ocasión le dijo al artista: "tu pintas como yo pienso" a lo que Sorolla respondió: "no señor, tu escribes lo que yo pinto".

He nacido y me he criado en una casa cara al mar. Desde muy niño me sentaba en la dorada arena de la playa, columbrando el horizonte, hablaba sin tapujos con las olas, les contaba mis ilusiones, alegrías, desconsuelos, mis ambiciones de progreso, de libertad, para que en sus vaivenes los llevaran a lo más lejano, donde la mirada se pierde en su inmensidad al fundirse cielo y agua. Anhelaba una mejor vida, entregaba el corazón a cambio de la pobreza, absorto en ello, trazaba mis pensamientos sobre la arena. Muchas horas he pasado confesando a la mar mi vida, la cual, con apenas un murmullo, escuchaba paciente como suelen hacer los enamorados.

"El genio comienza las grandes obras, pero sólo el trabajo las acaba." Joseph K. Jérôme

Una partida

Ahora, en mi incipiente vejez, dejo la presidencia de AES que con orgullo he ostentado durante más de veinte años y, una vez más, retorno a mi playa... Dormita silenciosa, ausente de olas y viento como antaño, nada queda de la perdida juventud, han concluido los proyectos, finalizado los escritos sobre la fina arena; la tenue brisa hermanada al tiempo ha borrado las inscripciones, nadie sabrá de mis pasados sueños... En estas y otras cuitas me hallaba, mientras caminaba enfrascado por el paseo marítimo, cuando, sobre un jardín distinguí varada una barca de remos como la de mi padre. De pronto, los recuerdos se agolpan, permanezco allí firme, mirándola abstraído en mis evocaciones confusas de la niñez y una voz viene a sacarme de la ensoñación:

—¡Señor, señor!

Giro en redondo. Un hombre enjuto, de edad avanzada, cubierto con chaquetón, en la cabeza gorra con visera de paño azul, al cuello pañuelo de cuadros marrones y negros, sentado sobre un banco del paseo me hace gestos para que me aproxime. Es la viva imagen de mi abuelo. Dice con voz potente y clara:

—La barca es mía, la tengo arrumbada aquí, porque no puedo salir a la mar, pero es de mi propiedad.

Con que orgullo proclama su pertenencia. Prosigue su explicación:

—Los días que me traen vengo a verla, le hago compañía, ahora casi no puedo ni andar, soy un anciano. Con el dinero que obtuve faenando con ella pude criar a mis hijos, mantener a la familia, pero hoy la senectud me humilla. Ignoro el destino del bote cuando yo desaparezca para siempre.

Mirándole recuerdo a mis mayores, con ojos húmedos le digo:

—Todos tenemos nuestro tiempo, no perduramos donde no está nuestra vida. Pasa rauda tanto la juventud como la vejez. De ningún modo permanecemos en el lugar que no nos corresponde.

El viejo lobo de mar sufre lo indecible el día que no está junto a su barca. Cuando acopiamos años, múltiples vivencias, te das cuenta de que el bienestar es una forma de valor, un riesgo en el cual uno se expone a ser dichoso en ciertos momentos o desdichado. Es una etapa tan episódica que hemos de seguir tirando, porque vivir es estar asiduamente concibiendo algo, y es que el emprendedor además ha hecho de su existencia un continuo estar creando.

La familia Borredá es digno ejemplo a imitar. Desde que se fundara *Seguritecnia* por don Ramón, al que conocí personalmente en mi lejana juventud, la totalidad de la estirpe ha trabajado tenazmente durante muchos años, resistiendo con estoicismo los embates económicos, tropiezos, errores, mil impedimentos, al tiempo que cimentaba el deseado futuro, engrandeciendo su nombre, con eterna ilusión, insistiendo en la siempre inacabada tarea, perpetuada por los sucesores. Sin duda, lo que hagamos durante años en la vida hará eco en la eternidad. Como veterano empresario del sector de las Seguridades, vaya desde aquí mi agradecimiento a la familia Borredá.

En mi nueva circunstancia, intacto el espíritu de lucha, si desfila el tiempo y generosos llegáis a notar mi ausencia en estas páginas, nadie especule sobre mi negativa a redactar unas líneas en la revista, referente indiscutible del sector, o que no os estimo. Tan sólo pensad que he partido con mi libertad. **S**